

La crítica de la crítica: dos obras sobre Sor Juana

*Paciencia Ontañón de Lope Blanch, Universidad Nacional
Autónoma de México*

El análisis literario basado en la ciencia psicoanalítica nace con Freud. Tal vez lo que voy a decir enseguida es algo ya bien conocido, pero necesito regresar sobre ello para dejar bien planteado qué es y cómo debe de funcionar esta modalidad crítica antes de pasar a referirme a las dos obras que voy a tratar aquí.

Freud, con algunos colegas, se propuso hacer un análisis de los sueños que se narran en las obras literarias, preocupado por la relación que éstos tenían con los sueños reales. Eligieron la *Gradiva* de W. Jensen, principalmente por la gran cantidad de sueños narrados que en la novela había. Pero cuando se analizan los sueños de un individuo real es imprescindible hacerlo con él mismo, penetrando en los móviles que los han producido, en la relación con su pasado, su carácter y otra serie de factores. ¿Cómo suplir todo ello en un personaje de ficción al que no se le puede interrogar? Con su análisis de *Gradiva*, Freud demostró que en la obra literaria existen muchos de los factores que un analista de carne y hueso rastrea en un paciente vivo, y que se puede llegar al significado profundo de esos sueños literarios (nunca tan difíciles como los reales, ya que se trata de un producto consciente), por medio de una serie de detalles que están presentes en la obra. A partir de este análisis, Freud descubrió que ‘el texto literario es también un discurso ambiguo, que tiene el carácter de un compromiso entre los procesos primarios, inconscientes y los procesos secundarios’.¹ Es decir, que en la obra de arte, como en el sueño, existe un *contenido manifiesto*, el que se advierte a primera vista, que equivale a la intención consciente del autor, y un *contenido latente*, procedente de su inconsciente, al cual sólo se puede llegar mediante un análisis.²

Este brevísimo y simplificado resumen de lo que constituiría una crítica psicoanalítica es necesario para precisar si la obra de Ludwig Pfandl sobre sor Juana Inés de la Cruz es o no un análisis psicoanalítico, como tantas veces se ha repetido.³ Voy a ocuparme en estas páginas de ello, junto con otra obra crítica sobre sor Juana, la de Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*.⁴ Aunque el libro de Pfandl no es muy reciente, me parece necesario volver sobre él, tratando de poner muchas cosas en claro. La crítica psicoanalítica, a la que yo me dedico, tiene como una obligación delimitar lo que es verdaderamente psicoanalítico y lo que nada más lo parece.

¿Por qué el libro de Octavio Paz? Aparentemente es una obra basada en elementos históricos y sociales del siglo XVII que poco tendría que ver con la de Pfandl. Pero si se lee detenidamente, podrá verse que a pesar de las duras palabras que se dedican a ésta, no la ignora casi nunca. Paz tiene muy en cuenta las afirmaciones de Pfandl y lo sigue a través de muchas de las aserciones que contiene su obra.

Así, al comenzar la Segunda parte, donde se trata la personalidad de la escritora, afirma Paz:

Ludwig Pfandl escribió un grueso volumen sobre sor Juana. Grueso en el sentido material y en el espiritual. No obstante, a despecho de sus exageraciones, el profesor alemán hace una observación plausible, aunque desnaturalizada por sus unilaterales conclusiones: me refiero al narcisismo de sor Juana, que él relaciona con tendencias masculinas. Conviene aclarar que Pfandl no fue el primero en advertirlo. Aparte de que ella misma lo dice en varios textos, señaladamente en la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz* y en algunos poemas, ya otros habían tratado el tema [...] Es justo señalar que nadie había hecho un estudio tan detallado como el de Pfandl.⁵

El principal problema del libro de Pfandl, que Paz parece no advertir, es que nunca constituye una crítica psicoanalítica. Por supuesto, él no dice que lo vaya a ser. Las palabras 'psicoanálisis' y 'Freud' son rehuidas muy conscientemente en su obra y sustituidas por nombres como el de Jung, o de psicólogos menores como Stekel, de Sanctis, o psicofisiólogos casi olvidados hoy, como Kretschmer, Wahle, Mathes, Monatschrift. Pero los conceptos psicoanalíticos están ahí: complejo de Edipo, fijación al padre, narcisismo. Mal entendidos y mal aplicados, pero están ahí. Sin embargo, nunca éstos serían el fin de una crítica psicoanalítica; el fin, sería innecesario repetirlo, es la obra, nunca su autor ni sus problemas personales.

Aun en el intento de lograr un perfil psicológico de la escritora, la obra de Pfandl tiene dos errores fundamentales: 1) el intento de hacer un 'diagnóstico' de los 'padecimientos' de Juana Inés; 2) pretender lograr ese diagnóstico a través de datos insuficientes: lo muy poco que la escritora dice de sí misma y la escasez de elementos biográficos, mínimos e incompletos.

Hacer hoy el diagnóstico de un personaje vivo, con el cual se trabaja directamente, es tarea difícil, si no imposible, a causa de que las llamadas enfermedades mentales no tienen la precisión de las físicas, y un término psíquico no describe algo exacto, sino una serie de alteraciones.⁶ Así, tratar de hacer un diagnóstico de un personaje muerto hace varias centurias es un intento destinado al fracaso, para cualquiera menos para Pfandl, abundante en afirmaciones como esta: 'Juana Inés es el tipo clásico de una psiconeurótica. Ninguna persona que nos haya seguido hasta aquí

con atención podrá negar este hecho' (p.310); y otras muchas de tan tajante rotundidad.

Pero, lo que es más importante, nunca un diagnóstico ni el perfil caracterológico de un escritor tendrían mayor interés para una crítica literaria, donde el autor es sólo importante como una ayuda para desentrañar algún aspecto obscuro del texto.

Pfandl habla, sí, de un 'contenido manifiesto' y de un 'sentido latente' (pp.252-57) (lo cual sí formaría parte de una crítica psicoanalítica), pero sin haber comprendido bien de qué se trata. Baste dos ejemplos: La *Respuesta a sor Filotea* la considera como el documento definitivo para conocer a sor Juana, aceptando como verdades redondas todo lo que la escritora afirma allí, y sin ningún análisis acepta como cierta la autobiografía, la negación al matrimonio y el resto de las cuestiones que la escritora relata. Y de todo ello deduce el crítico alemán que Juana, 'bajo la presión de su psicosis narcisista, dio también muestras inequívocas de ese empobrecimiento de la sensibilidad que en tan grave proximidad se encuentra con la esquizofrenia' (p.174).⁷

Tampoco Octavio Paz parece tener muy claro qué es el contenido manifiesto y qué el latente, cuando afirma: 'Pfandl no advirtió que casi siempre el contenido manifiesto es más rico y vivo' (p.95). ¿De dónde saca esta alegre conclusión? ¿Por qué lo consciente sería 'más alegre y vivo' que lo inconsciente? El escritor parecería equiparar lo inconsciente a una especie de cadáver, pasivo y yacente.

El otro ejemplo, prueba palpable de que Pfandl no ha entendido lo que es el inconsciente es su afirmación de que la lucha de la escritora contra los hombres es 'a la par *tan inconsciente* como tenaz' (p.102. El subrayado es mío).

En la misma trampa, tal vez directamente de la *Respuesta*, tal vez a través de Pfandl, cae Octavio Paz cuando se refiere a la 'nula vocación para el matrimonio' (p.146) o a la 'ninguna aptitud para la vida doméstica' (p.158). Una cosa es que Juana rechazase un matrimonio a su disgusto y otra que se quisiese casar o que tuviera aptitudes para ello.

Lo que resulta totalmente insólito es la recreación de la infancia y de la adolescencia de la escritora, adivinando los desconocidos móviles que la condujeron a la corte, al convento, al arte y deduciendo de ello circunstancias vitales determinantes. En esto, los dos críticos dejan volar su fantasía o sus proyecciones personales y llegan a conclusiones imaginadas. Pfandl descubre un complejo de Edipo (al que denomina situación-Edipo), que califica de 'desmoronante' (p.106) y al cual atribuye la masculinidad de la monja que veremos más adelante. Pero, lo que todavía resulta más grave es deducir, de ese supuesto complejo de Edipo, un amor incestuoso del que la escritora logra apenas zafarse. Y todo ello entresacado de las palabras de la escritora en el famoso poema:

Yo me acuerdo (¡oh nunca fuera!)
Que he querido en otro tiempo
Lo que pasó de locura
Y lo que excedió en extremo.
Más, como era amor bastardo
Y de contrarios compuesto,
Fue fácil desvanecerse
De achaque de su ser mismo

Palabras que son, para el hispanista alemán, ‘la solución correcta del enigma’ (p.105). Y de ahí deduce que Juana desea ser su propia madre y así aclara el uso que hizo del apellido materno. (El desconocimiento de que existe un contenido latente es aquí obvio). La conclusión de todo ello es que ‘Juana Inés (encerrada en la infantil situación-Edipo) jamás ha amado a ningún hombre’ (p.311). (Evidente contradicción con las palabras del poema anterior). Todo lo cual apunta Paz: ‘no conoció, como Lope, el saber de los sentidos, tocar y ser tocado, descubrir la tibieza de otra piel’ (p.624). Sin embargo diserta durante varias páginas sobre *los galanteos de palacio*, ‘ceremonias de iniciación erótica’, que según la historia tenían lugar en las cortes y, por supuesto, en la de la Nueva España, donde Juana Inés inició su aprendizaje social. Así, ‘la dudosa existencia de un amor desventurado’ (Paz, p.144–45), parecería también un producto de la fantasía, además de una contradicción con lo anterior.

Octavio Paz incurre también en análisis sin bases que conducen a veces a conclusiones tan insostenibles como las de Pfandl. Por ejemplo, relata, con lujo de imaginación, la vida de Juana Inés en su etapa adolescente, en casa de los Mata, lejos de la vida familiar, lo cual le lleva a adivinar que la jovencita ‘no tenía sitio en el mundo’, que se sentía sola, que ‘debe de haberse consumado totalmente el proceso psicológico de repliegue en sí misma’ (Paz, p.127). Todo ello apoyado en presupuestos psicológicos erróneos, como el de que entre los 16 y los 20 años ‘son los años decisivos en la vida de las mujeres, sobre todo en las mujeres de aquella época’ (Paz, p.132), aserción vacía y sin el menor fundamento, que difiere esencialmente de los conocimientos psicoanalíticos.⁸ Más adelante Paz afirma: ‘es vano tratar de saber cuáles eran sus sentimientos sexuales’, lo cual es tan obvio que casi roza lo perogrullesco, pero enseguida lo modifica: ‘Ella tampoco lo sabía’ (p.158). Página después supone que ‘quizá Juana Inés lo mató simbólicamente [a su padre] en sus sueños’ y que por eso se identificó con su progenitor, no con su madre (p.158), de ahí la supuesta ‘masculinización’ de la infeliz Juana, que discutiremos más adelante.⁹ Pero es el caso que la escritora, para Paz, también se identificó con su madre, a través de figuras simbólicas como Isis, ‘madre y virgen’ (*ibid.*); lo cual parece un tanto forzado, ya que la señora Ramírez,

madre de muchos hijos, todos naturales, difícilmente podría ser idealizada por su virginidad.

Dentro de este tipo de fantasías podría incluirse la identificación que Paz hace de la celda-biblioteca con el claustro materno ‘(no es azar que la matriz se llame también claustro materno’ (Paz, p.118) y de ahí deduzca que la celda es ‘una caverna maternal y encerrarse en ella es regresar al mundo de origen’ (*ibid.*). Pero esto no resulta sino una contradicción de las varias en que Paz incurre dentro de su obra. Páginas después describe la holgada vida de los conventos, con visitas, tertulias, banquetes, cantos y bailes, representaciones teatrales y visitas a las monjas en sus celdas. Además, la ‘celda’ de sor Juana no era tal: era ‘elegante y un si es no es teatral’ (p.179). Desde un ancho ventanal se divisaba todo el valle de México; estaba constituida por dos pisos, un baño y una cocina. Con la monja vivían una esclava que tuvo un hijo y probablemente sus dos medias hermanas y una sobrina. Además, una biblioteca de unos cinco mil volúmenes. Celda, afirma el propio Paz, ‘palabra singularmente inapropiada para designar a esos alojamientos’ (*ibid.*). ¿Cómo se puede llegar, pues, a la identificación anterior de celda con caverna? Y no podría afirmarse que fuera una fantasía de la escritora: abandonó un convento mucho más estricto para elegir el de San Jerónimo, precisamente por su forma de vida donde se sabe que las privaciones no eran la regla y que las celdas no eran cavernas (Cf. Paz, ‘La celda y sus celadas’, pp.165–92).

De los complejos infantiles de Juana Inés, Pfandl deduce uno más, el complejo de masculinidad. El padre, el progenitor, el hombre que ‘por querer ser y no poder ser es el que llegó a constituir el germen primitivo, el núcleo y foco de su dolencia física’ (Pfandl, p.227). Y a partir de ello diagnostica un intelecto ‘viril’ (p.187). Lo cual presupone que exista un un intelecto femenino. Me pregunto qué significado pudiera tener todo esto en la mente del crítico. Y, naturalmente, dictamina también un carácter ‘varonil’ (p.107). De ahí determinar el lesbianismo de la monja es cosa fácil. El claustro había privado a la monja de su sexualidad (Pfandl, p.188), que para eso lo había elegido Juana (‘Lo hizo a fin de sepultar en él su fracasada naturaleza femenina, y de este modo poder neutralizarla cabalmente’ (Pfandl, p.189). Y buscando un testimonio tan científicamente confiable como la novela *Ida Elisabeth* de Sigrid Undset, incluye a Juana en el grupo de ‘Hombres de fundición defectuosa’ o en el de las ‘desventuradas escogidas en las que hay algo psíquicamente desordenado y sin arreglo’ (Pfandl, p.189). Frente a todas estas aseveraciones emitidas con tanta seguridad y conocimientos, se alza la ciencia de Freud, basada en investigaciones serias y en estudios directos con pacientes, quien en 1932, no mucho antes del libro de Pfandl, afirmó: ‘No entra en mis propósitos perseguir la conducta posterior de la feminidad a través de la pubertad y hasta la madurez. Nuestros conocimientos son aun insuficientes para ello’.¹⁰

A este respecto, Paz es, de nuevo, ambiguo y contradictorio; junto a la supuesta masculinidad, apoya la feminidad de Juana Inés: 'Si hay un temperamento femenino, en el sentido más arrebatador de la palabra, ese es el de sor Juana' (p.160).¹¹ Aunque páginas después retoma parcialmente la masculinidad, como 'una respuesta a una interdicción de orden social' (p.604). Es decir, sus deseos de estudiar y de asitir a la universidad eran masculinos. Así que llega a una situación intermedia, tan equívoca como las otras: 'sería más exacto hablar de ambigüedad erótica' (p.604).¹² Y coincide con Pfandl, 'claro está que sor Juana era intersexual' (*ibid.*) (¿Intersexual? ¿No se referirá a bisexual, lo cual sería absolutamente normal?). Y los dos críticos están de acuerdo en que la fuerza, la determinación, el caminar contra corriente, son características masculinas. De ahí que, al describir a las hembras de la familia Ramírez, buenas administradoras, esforzadas, vigorosas, tenaces, se refiera Paz a la 'familia de varonas', de la que Juana no fue excepción para él (p.101), ya que la transgresión cometida por el acto de conocer exige la masculinización.¹³

Todo un apartado dedica Pfandl al Narcisismo, explicado según sus propias ideas, sin ningún apoyo teórico. Sólo hace una clasificación de los narcisistas en tres grupos (estático, dinámico y normativo), realizada en 1933 por Mitlacher (p.154). El narcisismo de sor Juana lo explica debido a su constitución intersexual, o tal vez asténica. (Según Pfandl o sus informadores todas las mujeres del mundo se catalogan rigurosamente en una de las tres constituciones. ¡Qué psicología tan simplificadora y sencilla!). Para el crítico alemán el narcisismo es 'un penoso padecimiento psíquico: sobre esto no hay duda alguna' (p.169). Es un fenómeno de degeneración íntimamente ligado a la esquizofrenia, los cuales (narcisismo y esquizofrenia) 'poseen en común la tendencia al empobrecimiento de la sensibilidad' (p.170). Pfandl parece ignorar que todos los artistas, al ser introvertidos, poseen elementos narcisistas, sin que eso tenga que producir inquietud, síntomas patológicos alarmantes, ni mucho menos 'empobrecimiento de la sensibilidad', sino más bien todo lo contrario.¹⁴

Sin embargo, Paz acepta sin discusión el narcisismo patológico diagnosticado por Pfandl, que produce 'incapacidad de amar a otro' (p.605). Para él, sor Juana es una mezcla de narcisismo y melancolía, aunque ésta predomine sobre aquél (*ibid.*). De nuevo diagnósticos imposibles de determinar aunque, preciso es reconocerlo, los de Paz son menos tajantes que los de Pfandl.

Lástima que Paz parezca caer con frecuencia en 'las trampas de la fe' de Pfandl. Por ejemplo, en la absurda e incomprensible conclusión de éste sobre el climaterio de la monja (que fue 'por cálculo de probabilidades', en 1693 (p.283), donde se llega a extremos verdaderamente inalcanzables por la razón y por la ciencia, no cabe más que el silencio más atónico. Sin embargo, Paz se engancha con el asunto y lo discute en el mismo terreno:

que ese año, en 1693, tenía cuarenta y cinco años, que la menopausia varía de mujer a mujer, que sus efectos no son tan terribles, que afectan más a las casadas... (p.605).

Pero el final del libro de Paz es mejor. Gracias al descubrimiento de la *Carta de la Madre Juana Inés de la Cruz, escrita al R.P.M. Antonio Núñez de la compañía de Jesús*, publicada en un Apéndice y a la mención del estudio realizado por Aureliano Tapia, *Autodefensa de sor Juana*, se aclaran muchas cosas. Parecería necesario que, a partir de esa nueva luz se revisara lo escrito anteriormente y se dejaran a un lado las obras que sólo contienen fantasías personales y que poco han ayudado al conocimiento de un carácter tan apasionante y menos a una obra tan compleja.

En las dos obras que he revisado aquí hay diferencias señaladas: Paz no trata de realizar un análisis psicoanalítico, aunque envuelto por los contundentes juicios de Pfandl, haga sus intentos. Éste no hace crítica psicoanalítica: trata de establecer un diagnóstico de patologías que, por erróneas, a nada conducen. Pero, aunque fuesen más acertadas, tampoco llevarían nunca al fin de cualquier forma de crítica literaria: un mejor entendimiento de la obra de arte.

NOTAS

- ¹ Anne Clancier, *Psicoanálisis, literatura, crítica* (Madrid: Cátedra, 1976), p.43.
- ² Cf. Sigmund Freud, 'El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W.Jensen', en *Psicoanálisis del arte* (Madrid: Alinaza, 1973), pp.160-61.
- ³ Ludwig Pfandl, *Sor Juana Inés de la Cruz* (México: UNAM, 1963). Las citas de esta obra se harán señalando sólo el número de página.
- ⁴ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985). Las citas de esta obra se harán señalando sólo el número de página.
- ⁵ Paz, *Las trampas de la fe*, pp.92, 93.
- ⁶ 'La distinción – el diagnóstico diferencial – no es siempre fácil ni puede establecerse en todas las fases', Freud, *Análisis profano*, en *Obras completas*, traducidas por Luis López-Ballesteros, 13 vols (Madrid: Biblioteca Nueva, 1973), III, 2911-60.
- ⁷ 'Ella [la *Respuesta*] constituye al mismo tiempo las más antigua e importante fuente para nuestro conocimiento de la vida interna y externa de Juana y en importancia es también superior a la ya conocida descripción de Diego Calleja' (Pfandl, p.24, n. II). Aquí Pfandl olvida que hay un contenido manifiesto y un contenido latente y que sólo analizando el primero podrá tener acceso al segundo.
- ⁸ 'Descibrimos que los primeros años infantiles (hasta el quinto, poco más o menos) entrañan, por diversas razones, especialísima significación', Freud, *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, en O.C., III, 3184.
- ⁹ Ligera variante de la conclusión a que Pfandl llega: para él el complejo de

Edipo se debe a la relación de Juana Inés con su hermano. El crítico alemán supone la contemplación del cuerpo desnudo del varón y la envidia traumática del pene. De ahí nacería el odio y el deseo de muerte hacia él y, naturalmente, el complejo de masculinidad (pp.103-04). Todas estas fantasías basadas en suposiciones sin sustento alguno carecen de valor y resultan inconcebibles en un crítico serio.

¹⁰ Freud, *Nuevas lecciones*, en O.C., III, 1223.

¹¹ Es frecuente que en su obra Paz afirme una cosa y páginas después la contraria. Un ejemplo claro sería la aserción de que Juana Inés no podía casarse por falta de dote y de padre (p.146). Y páginas después sostenga: 'la bastardía no le impidió casarse a ninguna de sus hermanas' (p.152).

¹² Véase Freud, *Tres ensayos para una teoría sexual*, en O.C., II, 1223.

¹³ 'La vida y la obra de Juana Inés pueden condensarse en esta frase: el conocimiento es una transgresión cometida por un héroe que luego será castigado [...] la transgresión exige la masculinización' (Paz, p.124).

¹⁴ 'Todo poeta es Narciso: "Dichter sind doch immer Narzisse", escribía ya [...] Schlegel. No nos asombremos si el análisis un poco profundizado de un poeta llega por lo general a poner a la luz elementos narcisistas', Charles Baudouin, *Psicoanálisis del arte* (Buenos Aires: Psique, 1972), p.82.